

LIBRO SÉPTIMO

-Ahora representate el estado de la naturaleza humana, con relación a la ciencia y a la ignorancia, según el cuadro que te voy a trazar. Imagínate a unos hombres encerrados en una especie de caverna subterránea, cuya entrada abierta a la luz se extiende en toda su longitud. Allí, desde su infancia, los hombres están encadenados por el cuello y por las piernas, inmovilizados, sólo pueden ver los objetos que tienen delante, pues las cadenas les impiden volver la cabeza. Detrás de ellos, a cierta distancia y a cierta altura, hay un fuego cuyo resplandor los alumbraba, y entre ese fuego y los cautivos se extiende un camino escarpado, a lo largo del cual imagina que se alza una tapia semejante al biombo que los titiriteros alzan entre ellos y los espectadores, por encima del cual exhiben sus fantoches. Figúrate además, a lo largo de la tapia, a unos hombres que portan objetos de toda clase y que se elevan por encima de ella, objetos que representan en piedra o madera figuras de hombres y animales y de mil formas diferentes. Y como es natural, entre los que los llevan algunos conversan, otros pasan sin decir palabra.

-¡Extraño cuadro! -exclamó.

-Muy semejantes a nosotros. Y ante todo, ¿crees tu que en esa situación puedan ver, de sí mismos y de los que a su lado caminan, alguna otra cosa fuera de las sombras que se proyectan, al resplandor del fuego, sobre el fondo de la caverna expuesto a sus miradas?

-No, porque están forzados a tener la cabeza inmóvil toda su vida.

-Y respecto de los objetos que transportan a su espalda, ¿podrán ver otra cosa que no sea su sombra?

-¿Qué más podrían ver?

-Y si pudieran hablar entre sí, ¿considerarían objetos reales las sombras que vieran?

-Necesariamente.

-¿Y qué podrían pensar si en el fondo de la caverna hubiera un eco que repitiera las palabras de los que pasan? ¿Crearían oír otra cosa que la voz de la sombra que desfila ante sus ojos? Resulta indudable que no tendrán por verdadera otra cosa que no sea la sombra de esos objetos artificiales. Considera ahora lo que les sucedería si se los libera de sus cadenas a la vez que se los curara de su ignorancia. Si a uno de esos cautivos se lo libera de sus cadenas y se lo obliga a ponerse súbitamente de pie, a volver la cabeza, a caminar, a mirar la luz, todos esos movimientos le causarían dolor y el deslumbramiento le impediría distinguir los objetos cuyas sombras veía momentos antes. ¿Qué habría de responder, entonces, si se le dijera que antes sólo veían vanas sombras y que ahora, más cerca de la realidad, vuelta la mirada hacia objetos reales goza de

una visión verdadera? Supongamos, también, que al señalarle cada objeto que pasa se le obligara, a fuerza de preguntas, a responder qué eran; ¿no piensas que quedaría perplejo, que aquello que veía antes habría de resultarle más verdadero que lo que ahora se le muestra? Y si se le obligara a mirar la luz del fuego, ¿no herirá ésta sus ojos? ¿No habrá de volverlos hacia las sombras, que puede contemplar sin dolor? ¿No las juzgará más nítidas que los objetos que se le muestran?

-Así es -dijo.

-Y en el caso que se lo arrancara por fuerza de la caverna, obligándolo a subir al áspero y escarpado sendero, no soltándolo hasta que se encuentra a la luz del Sol, ¿no crees que lanzará quejas y gritos de cólera? Al llegar a la luz, ¿podrán sus ojos deslumbrados distinguir uno siquiera de los objetos que nosotros llamamos verdaderos? Y si no me engaño, necesitará acostumbrarse para ver los objetos de la región superior. Lo que más fácilmente distinguirá serán las sombras, luego las imágenes de los hombres y de los demás objetos que se reflejan en las aguas y, por último, los objetos mismos; después, elevando sus miradas hacia la luz de los astros y de la luna, contemplará durante la noche las constelaciones y el firmamento más fácilmente que durante el día el Sol y el resplandor del Sol. Por último, creo yo, podría fijar su vista en el Sol, y sería capaz de contemplarlo, no sólo en las aguas o en otras superficies que lo reflejaran, sino tal cual es, y allí donde verdaderamente se encuentra. Después, reflexionando sobre el Sol, llegará a la conclusión de que éste produce las estaciones y los años, lo gobierna todo en el mundo visible y que, de una manera u otra, es la causa de cuanto veía con sus compañeros de cautiverio en la caverna. Si entonces recordara su antigua morada y el saber que allí se tiene, y pensara en sus compañeros de esclavitud, ¿no crees que se consideraría dichoso con el cambio y sentiría compasión por ellos?

-De seguro.

-Y suponiendo que allí hubiese honores, alabanzas y recompensas establecidos para premiar a quien discerniera con mayor agudeza las sombras errantes y mejor recordara cuáles pasaron primeras o últimas, o cuáles marchaban juntas y que, por ello, fuese el más capaz de predecir su aparición, ¿piensas tú que nuestro hombre seguiría deseoso de tales distinciones y envidiaría a los colmados de honores y autoridad en la caverna? ¿O preferiría, como dice Homero, trabajar la tierra al servicio de otro hombre sin patrimonio y sufrirlo todo en el mundo antes que volver a juzgar las cosas como se juzgan en la caverna y vivir como allí se vivía?

-Al menos yo -dijo-, estaría dispuesto a sufrir cualquier situación antes que vivir de aquella manera.

-Ahora supongamos que ese hombre desciende de nuevo a la caverna y va a sentarse en su antiguo lugar, ¿no resultarán sus ojos cegados por la oscuridad, al llegar bruscamente desde el Sol?

-Desde luego.

-Y si cuando su vista se halla todavía nublada, antes de que sus ojos se adapten a la oscuridad, lo cual exige no poco tiempo, tuviera que competir con los que continuaron encadenados, dando su opinión sobre aquellas sombras, ¿no se expondrá a que se rían de él? ¿No le dirán que por haber subido las alturas perdió la vista y que ni siquiera vale la pena intentar el ascenso? ¿Y si alguien intentara libertarlos y conducirlos a la región de la luz, y ellos pudieran apoderarse de él y matarlo?, ¿es qué no lo matarían?

-Con toda seguridad -dijo.

-Pues bien, ahí tienes, Glaucón, la imagen precisa a que debemos ajustar, por comparación, lo que hemos dicho anteriormente: el antro subterráneo es este mundo visible; el resplandor del fuego que lo ilumina es la luz del Sol; si en el cautivo que asciende a la región superior y la contempla te figuras el alma que se eleva al mundo inteligible, sabrás mi pensamiento, puesto que desees conocerlo. Dios sabrá si es verdadero; pero, en cuanto a mí, creo que las cosas son como acabo de exponer. En los últimos límites del mundo inteligible está la idea del bien, que se percibe con dificultad, pero que no podemos percibir sin llegar a la conclusión de que es la causa universal de cuanto existe de recto y de bueno; que en el mundo visible crea la luz y el astro que la dispensa; que en el mundo inteligible engendra y procura la verdad y la inteligencia, y que, por lo tanto, debemos fijar los ojos en ella para conducirnos sabiamente, tanto en la vida privada como en la pública. Y, ¿piensas que es de extrañar que un hombre que pasa de las contemplaciones divinas a los miserables intereses humanos parezca torpe y enteramente ridículo cuando, con la vista aún nublada, antes de acostumbrarse a las tinieblas que lo rodean, se vea obligado a disputar ante los tribunales o en cualquier otro lugar acerca de las sombras de la justicia o de las imágenes que esas sombras proyectan, y a combatir las interpretaciones que de ellas hacen los que jamás han visto la justicia en sí? Ahora bien, la vista puede turbarse de dos maneras y por dos causas opuestas: cuando se pasa de la luz a la oscuridad, o de la oscuridad a la luz. Lo propio sucede con el alma. Cuando veamos un alma turbada y en dificultad para discernir lo más luminoso, se encuentra ofuscada por las tinieblas; o de que, al pasar de la ignorancia a la luz, se halla deslumbrada por su vivo resplandor. Si lo que decimos es cierto, debemos considerar que cada cual tiene en su alma la facultad de aprender y el instrumento destinado a ese uso, el que a semejanza del ojo que no podría volverse de las tinieblas a la luz sino en compañía de todo el cuerpo, del mismo modo este instrumento debe apartarse en compañía de toda el alma de las cosas perezaderas, hasta poder soportar la contemplación del ser y de lo más luminoso del ser, que hemos llamado el bien. ¿No es así?

-Así es -convino.

-La educación es el arte de dirigir tal instrumento y encontrar para ello el método más eficaz. Ahora bien, podemos admitir que las demás facultades, llamadas facultades del alma, son análogas a las del cuerpo: si faltan al principio, pueden adquirirse después por el hábito y el ejercicio. Pero la facultad del conocimiento pertenece a algo más divino, que jamás pierde su fuerza y que, según la dirección que se le dé, viene a ser útil o inútil, ventajoso o perjudicial. Nos corresponde a nosotros, los fundadores de la ciudad, obligar a las mejores naturalezas a que alcancen ese conocimiento que hemos reconocido como el más sublime de todos, contemplen el bien y realicen esa ascensión de la que hemos hablado; pero en vez que se hayan elevado hasta él y lo hayan contemplado por bastante tiempo, guardémonos de permitirles lo que hoy se les permite.

-¿Qué es ello? -preguntó.

-Permanecer allí rehusándose a bajar de nuevo al lado de los cautivos para tomar parte en sus trabajos e incluso participar de sus honores, sean éstos de poco o de mucha importancia.

-En tal caso -observó-, ¿no seríamos injustos con ellos y los condenaríamos a una vida miserable, cuando podrían gozar de una condición mejor?

-Una vez más has olvidado, mi querido amigo, que la ley no se propone la felicidad de una clase de ciudadanos, con exclusión de las otras, sino el bienestar de todos, uniéndolos por la persuasión y por la autoridad. Si la ley, pues, se consagra a formar tales ciudadanos, no será para dejar que cada uno se aplique a lo que quiera, sino para hacerlos concurrir a la cohesión de la ciudad. Por lo demás, Glaucón, tampoco podrán culparnos de injustos para con los filósofos que se formarán entre nosotros, podremos darles buenas razones para forzarlos a que se encarguen de la dirección y salvaguarda de sus conciudadanos. Les diremos: «En las demás ciudades, los hombres como vosotros no se abstienen sin razón, de participar en los cargos públicos, porque se han formado a sí mismo y a nadie deben su crianza.» Pero nosotros hemos formado jefes y reyes, como en las colmenas, en interés de vosotros mismos y de los demás ciudadanos, y al daros una educación más perfecta y más completa que la de los filósofos extranjeros, los hemos vuelto capaces de unir la filosofía a la política. Por tanto, debéis descender por turno a la morada de vuestros conciudadanos y acostumbra vuestros ojos a las tinieblas que allí reinan; una vez que os hayáis familiarizado con la oscuridad, veréis en ella mil veces mejor que sus moradores y reconoceréis la naturaleza de cada imagen y el objeto que representa, porque habréis contemplado lo bello, lo justo y lo bueno en sí. De tal modo, la organización de la ciudad será para vosotros y para nosotros una realidad y no un sueño, como ocurre en la mayoría de las demás ciudades cuyos jefes luchan entre sí por sombras vanas y se disputan encarnizadamente la autoridad de como si fuese un gran bien. A mi juicio, la verdad es ésta: toda ciudad en que menos deseosos de gobernar estén aquellos que deberán hacerlo, será necesariamente la mejor y más pacíficamente gobernada, al paso que sucederá lo contrario a la que tenga gobernantes de la intención contraria.

-Sin duda -afirmó.

-Entonces, ¿cuál será, Glaucón, la enseñanza que eleva el alma desde lo que nace hasta lo que es? Al preguntártelo, se me ocurre la siguiente reflexión: ¿no hemos dicho que nuestros filósofos debían ser atletas guerreros en su juventud? Será, pues, necesario que la enseñanza que buscamos, además de su primera ventaja, tenga otra.

-¿Cuál? -preguntó.

-A la más común de todas, a la que recurren todas las artes, todas las formas de razonar, todas las ciencias, y que es imprescindible aprender entre las primeras.

-¿Cuál?

-La que enseña a conocer lo que es el uno, el dos, el tres. Me refiero a la ciencia de los números y el cálculo. ¿O no es verdad que ningún arte y ningún conocimiento pueden prescindir de ella?

-Convengo en ello -respondió.

-¿Tampoco el arte de la guerra?

-Le es absolutamente indispensable -afirmó.

-Por consiguiente, entre los conocimientos indispensables a un hombre de guerra, ¿prescribiremos también el cálculo y la ciencia de los números?

-Sí -respondió-, es una enseñanza absolutamente necesaria.

-En consecuencia -dije-, bien podría ser una de las enseñanzas que andamos buscando que elevan naturalmente el alma a la inteligencia pura; pero nadie sabe servirse de ella como es preciso para dejarse conducir a la contemplación del ser.

-¿Qué quieres decir? -preguntó.

-Examina conmigo lo que yo vaya señalando como apropiado o no para obtener el fin que nos proponemos y, según te parezca o no conveniente, admítelo o recházalo para que veamos mejor si es tal como yo imagino. Entre los objetos sensibles hay unos que no animan la inteligencia a examinarlos, porque para su examen bastan los sentidos, otros, en tanto, reclaman ese examen con urgencia porque los sentidos no consiguen de ellos nada válido. Entiendo por objetos que no la animan todos aquéllos que no suscitan a la vez dos sensaciones contrarias; si las suscitan, coloco a tales objetos entre los que la animan, porque los sentidos no determinan que sean tal o cual cosa en vez de tal o cual otra absolutamente opuesta, ya sea que la percibamos de cerca o de lejos. Y para que comprendas mejor mi pensamiento, mira estos tres dedos: el más pequeño, el siguiente y el del medio.

-Muy bien -dijo.

-Imagina que yo los suponga vistos de cerca y haz conmigo esta observación. Cada uno de ellos nos parece igualmente un dedo y, bajo este aspecto, poco importa que lo veamos en el medio o en un extremo, que sean blanco o negro, delgado o grueso o cualquier otro accidente semejante. En efecto, nada de eso obliga al alma de la mayoría de los hombres a preguntar a la inteligencia qué es un dedo, pues jamás la vista le ha sugerido que un dedo pueda ser, al mismo tiempo, otra cosa que un dedo. He tenido, pues, razón al afirmar que en este caso nada excita ni despierta la inteligencia. ¿Por qué? ¿Acaso la vista juzga acertadamente del mayor o menor tamaño de estos dedos y a este respecto le es indiferente que cualquiera de ellos esté en el medio o en un extremo? ¿Y no le ocurre lo mismo al tacto con el grosor y la delgadez o la blandura y la dureza? ¿Y es que los sentidos, en general no manifiestan estos accidentes de una manera bastante defectuosa? ¿Es que cada uno de los sentidos no procede de esta manera? El que está destinado a juzgar de lo que es duro, ¿no se encarga también de percibir lo que es blando y comunica al alma que el objeto del cual recibe una sensación es a la vez duro y blando? ¿No es inevitable que el alma, en tales casos, no sepa claramente qué entiende ese sentido por duro, pues dice que ese objeto es al mismo tiempo blando? Y la sensación de pesantez y de ligereza, ¿no produce en el alma igual incertidumbre acerca de la naturaleza de la pesantez y de la ligereza cuando la misma sensación le dice que el objeto que pesa es ligero, y ligero el objeto que pesa? Es natural, por consiguiente, que en tales casos el alma llame en su auxilio al razonamiento y a la inteligencia para averiguar si cada uno de esos testimonios se refiere a una de las cosas o a las dos... Si juzga que son dos, ¿no le parecerá cada una distinta de la otra? Pues bien, si cada una le parece distinta, y si una y otra le parecen dos, las concebirá separadas, pues si fueran inseparables no las concebiría como dos, sino como una sola.

-Es verdad.

-Ahora bien, decíamos que la vista percibe lo grande y lo pequeño, pero no separado, sino confundido. Y la inteligencia, para aclarar esta confusión, se halla obligada a ver lo grande y lo pequeño, no confundidos sino separados, contrariamente a lo que hace la vista. Pues bien, ¿no es ésta la causa de que preguntemos qué es lo grande y qué es lo pequeño? ¿Y que de esta suerte lleguemos a distinguir lo inteligible de lo visible?

-Exactamente -dijo.

-He aquí lo que yo trataba de hacer comprender cuando decía que ciertos objetos incitan a la reflexión y otros no. Ahora bien, ¿en cuál de estas dos clases colocas el número y la unidad?

-No lo sé -respondió.

-Por lo dicho puedes inferirlo. Si el conocimiento de la unidad en sí nos es dado suficientemente por la vista o por cualquier otro sentido, aquél no puede conducirnos a la contemplación de la esencia, como decíamos del dedo; pero si la vista de la unidad representa siempre alguna contradicción será necesario un juez que decida, y el alma, perpleja, habrá de acudir a la inteligencia, preguntándose qué es la unidad en sí, y de tal modo el conocimiento que tiene la unidad por objeto será de los que elevan el alma y la encaminan hacia la contemplación del ser. Y lo que ocurre a la unidad -pregunté-, ¿no le ocurre igualmente a todo número, sea cual fuere?

-Sin duda.

-Ahora bien, la lógica y la aritmética tienen por objeto el número. De donde son, evidentemente, enseñanzas apropiadas para conducir a la verdad. Podemos, pues, colocarlas entre las enseñanzas que buscamos, ya que son, por un lado, indispensables al guerrero para la buena organización del ejército y, por otro, al filósofo para abandonar el mundo de lo que nace y se corrompe y acercarse a la esencia, sin lo cual no será jamás calculador.

-Así es, en efecto.

-Pero nuestro guardián es a la vez guerrero y filósofo. Luego, sería conveniente, Glaucón, prescribir por ley esta enseñanza. Y por cierto, al hablar ahora de la ciencia del cálculo me doy cuenta de cuán sutil es y de cuántas maneras es útil a nuestro propósito, siempre que se estudie para conocerla y no con fines mercantiles. Admiro el ímpetu que proporciona al alma elevándola hasta una esfera superior y obligándola a razonar sobre los números en sí, no consintiendo jamás que esos cálculos se refieren a números que tengan cuerpos visibles y tangibles. ¿Y no has observado que los que son por naturaleza calculadores tienen gran facilidad para todas o casi todas las enseñanzas y que hasta los espíritus tardos, cuando se han educado y ejercitado en el cálculo, aunque no deriven de él ninguna otra ventaja, sí obtienen volverse más sutiles de los que eran antes?

-Lo he observado.

-Y por otra parte, pienso -dije- que sería difícil hallar muchas enseñanzas más difíciles de aprender y practicar que ésta. De suerte que por todas estas razones no conviene descuidarla, sino educar en ella a los espíritus mejor dotados por la naturaleza. Adoptemos, pues esta primera enseñanza. Veamos si hay una segunda, relacionada con ella, que de alguna manera nos convenga. Importa ver si la parte más elevada e importante de esta enseñanza tiende a nuestro principal objetivo, que es el de hacer más fácil la contemplación de la idea del bien. Por tanto, si la geometría conduce al alma a contemplar la esencia, no cabe duda que nos conviene. Pero si se detiene en la generación, no nos conviene. Es mi opinión que la mayoría de quienes practican esta ciencia se expresan de manera ridícula y forzada de la naturaleza del objeto de ella. Como si manejaran objetos materiales e hicieran todos sus cálculos con vista a la práctica, no hablan sino de «cuadrar», «desarrollar» y «añadir» y así en todos los casos. A mi juicio, esta enseñanza no tiene, en su conjunto, otro objeto que el conocimiento. Y debemos agregar: el conocimiento de lo que siempre existe,

y no de lo que nace y muere en el tiempo. Por consiguiente, será una enseñanza que atraiga el alma hacia la verdad, haciendo nacer ese espíritu filosófico que eleva nuestras miradas a las cosas elevadas. De suerte que habremos de ordenar a los ciudadanos que no se aparten de la geometría, tanto más cuanto que no son pocas sus aplicaciones secundarias.

-¿Cuáles son?

-En primer lugar aquéllas que conciernen a la guerra; también, facilitar el estudio de las otras ciencias. En suma, ¿prescribiremos la geometría como segunda enseñanza para la juventud?

-Sí.

-Ahora bien, ¿estableceremos como la tercera la astronomía? ¿Qué opinas?

-Pienso que sí, porque conocer con exactitud el momento del mes y del año no sólo interesa al agricultor y al navegante, sino también al estratega.

-Temes, o pareces temer, que el vulgo te reproche la prescripción de enseñanzas inútiles. Estas de que hablas tienen considerables ventajas, pero es difícil hacer comprender la más importante, o sea la de purificar y reavivar el instrumento del alma, corrompido y cegado por otras ocupaciones, y que es preferible conservarlo, más que salvar diez mil ojos, pues solamente por él se contempla la verdad, pero, volvamos atrás, porque no hemos encarado correctamente la enseñanza que sigue a la geometría. De las superficies hemos pasado a los sólidos ya en movimiento, antes de ocuparnos de los sólidos en sí. Pero lo correcto es que después de los sólidos de dos dimensiones, abordemos a los de tres, es decir, los cubos y a cuanto tiene profundidad.

-Ponías -dijo- en primer término el estudio de la superficie, es decir, de la geometría, y la astronomía inmediatamente después. Pero luego vuelves sobre tus pasos.

-Es que por apresurarme en pasar revista todas las enseñanzas he retrocedido más bien que avanzado. A continuación de la geometría viene la ciencia que estudia el desarrollo en profundidad, pero como existen al respecto investigaciones irrisorias, lo pasé por alto y hablé de astronomía, o sea del movimiento en profundidad.

-Es verdad.

-Pues bien, establezcamos como cuarta enseñanza la astronomía, dando por sentado que el estudio de esta tercera ciencia que ahora dejamos de lado, surgirá cuando la ciudad esté en situación y capacidad de ocuparse de ella.

-Es lógico, y como tú me has reprochado el haber hecho un elogio torpe de la astronomía, voy a alabarla de una manera conforme a tu punto de vista. Me parece evidente que obliga al alma a mirar a lo alto y a pasar de las cosas de aquí abajo a las cosas del cielo.

-Acaso sea evidente para todos -repliqué-, menos para mí; no juzgo yo lo mismo.

-¿Pues cómo? -preguntó sorprendido.

-Por la forma en que la estudian hoy los que la rigen en filosofía, no hace mirar hacia lo alto, sino hacia abajo.

-¿Qué quieres decir?

-Me parece que no te falta audacia cuando consideras la naturaleza del estudio cuyo objeto son las cosas de lo alto. Es muy posible, en efecto, que si alguien levantara la cabeza para observar la decoración del cielo, dijeras que lo

contempla con la inteligencia y no con los ojos. Acaso seas tú quien tenga razón, y yo me equivoque. Sin embargo, por lo que a mí respecta, no puedo reconocer otra ciencia que lleve al alma a la contemplación de lo alto que no sea la que tiene por objeto el estudio del ser y lo invisible.

-Tienes razón en reprenderme, porque bien me lo merezco. Más, ¿de qué manera es preciso reformar el estudio de la astronomía para que sirva a nuestro propósito?

-Debemos considerar las variadas constelaciones que hay en el cielo como la ornamentación más hermosa y perfecta que pueda darse en su género. Sin embargo, por estar constituidos de una materia visible, esos astros son inferiores a los astros verdaderos, y su belleza está muy por debajo de la que producen la velocidad en sí y la lentitud en sí, según el verdadero número y todas las figuras verdaderas, al moverse en relación la una con la otra y al mover, al mismo tiempo, lo que hay en ellas. Porque estos movimientos sólo pueden percibirse por la razón y el entendimiento discursivo, más no por la vista. Abordaremos la astronomía planteándonos problemas, como hicimos con la geometría, pero no habremos de preocuparnos por lo que hay en el cielo, si queremos que el estudio de esta ciencia sea de alguna utilidad a la parte inteligente de nuestra alma. Y creo que también debemos prescribir el mismo método para las demás enseñanzas, si queremos ser legisladores útiles. El movimiento no presenta una sola forma, sino muchas. Acaso un sabio podría enumerarlas todas, pero hasta nosotros conocemos dos. La primera es la astronomía; la segunda es la que corresponde con ésta, la música. Parece que así como los ojos han sido hechos para la astronomía, los oídos lo han sido para el movimiento armónico, y que estas dos ciencias son hermanas, como dicen los pitagóricos. Pienso que si el estudio de todas las ciencias que hemos enumerado nos lleva a descubrir las relaciones y la afinidad que existen entre ellas, y a demostrar la naturaleza de los vínculos que las unen, podrán contribuir a que alcancemos nuestro objetivo. ¿Te parece que los que no están en condiciones de dar ni de comprender la razón de cada cosa llegarán a saber bien alguna vez lo que sostenemos que es necesario saber? ¿Y no es, acaso, la melodía misma que ejecuta la dialéctica? Aunque puramente inteligible, puede ser representada por la facultad de la vista cuando ensaya, en primer lugar, mirar a los seres vivos, después a los astros y por fin al mismo Sol. De igual modo quien se dedica a la dialéctica está en condiciones de alcanzar, sin el auxilio de los sentidos y mediante el uso de la razón, la esencia de cada cosa, y si no desiste hasta lograr apoderarse, con la sola inteligencia, de la esencia de cada cosa, y si no desiste hasta lograr apoderarse, con la sola inteligencia, de la esencia del bien, llegará al término de lo inteligible, como el otro llega, con la vista, al término de lo visible. Recuerda al hombre liberado de sus cadenas que deja las sombras y se vuelve hacia las figuras artificiales y hacia la claridad que las proyecta, y luego asciende la caverna hasta la luz del Sol, y aunque es incapaz de fijar allí directamente los ojos en los animales, las plantas y el Sol mismo, sino tan sólo en sus imágenes divinas reflejadas en las aguas, en las sombras de esos objetos reales, pero no ya en las sombras de los objetos artificiales proyectadas por aquella otra luz que antes tomaba por la del Sol y que es únicamente su imagen. El estudio de las ciencias que hemos enumerado produce los mismos efectos, es decir, eleva la parte más noble del alma hasta la contemplación del mejor de todos los seres.

-Reconozco lo que dices, aunque me parezca difícil de admitir; aunque, desde otro punto de vista, también me parece desecharlo. Explícanos, por favor, cuál es el carácter de la facultad dialéctica, en cuántas especies se divide y cuáles son sus caminos, caminos que al parecer conducen hasta el final donde el que llega encuentra el descanso de la marcha y el término de su recorrido.

-Hasta allí no serías capaz de seguirme, aunque la buena voluntad no me faltará nunca; pues en vez de la imagen de lo que decimos, te sería preciso ver la verdad en sí, o, a lo menos la que a mí me parece tal. Ahora bien, ¿puedo asegurarte que la facultad de la dialéctica es la única capaz de descubrirlo a un espíritu ejercitado en las enseñanzas que hemos enumerado, y que ello es imposible de cualquier otra manera?

-Conviene afirmarlo -dijo.

-El método dialéctico es el único que, dejando de lado las hipótesis, se remonta hasta el principio mismo para consolidar sus conclusiones, utilizando en esta labor de conversión como auxiliares a las artes que antes enumeramos. Para ajustarnos al uso hemos llamado a estas artes conocimientos, pero deberían llevar otro nombre que pudiera aplicarse a algo más claro que la opinión y más oscuro que el conocimiento. Ya nos hemos servido antes de la designación de entendimiento discursivo, pero no es el momento, creo, de discutir sobre nombres cuando son tantas y tan importantes las cosas que nos hemos propuesto investigar. Estimo que debemos seguir llamado a la primera parte conocimiento; a la segunda entendimiento; a la tercera creencia; e imaginación a la cuarta; comprendiendo a las dos últimas con el nombre de opinión, y a las dos primeras con el de inteligencia. La opinión tiene por objeto la generación; la inteligencia, la esencia. Entre la esencia y la generación hay la misma relación que entre la inteligencia y la opinión, y la inteligencia es a la opinión lo que el conocimiento es a la creencia y el entendimiento a la imaginación. En cuanto a la correspondencia entre los objetos a que se aplican y la división en dos esferas de cada una de las partes, la opinable y la inteligible, dejémosla de lado, Glaucón, para no lanzarnos a una discusión mucho más larga que las precedentes.

-Por mi parte, estoy en todo de acuerdo contigo, hasta donde me es posible seguirte.

-¿No llamas tú dialéctico al que alcanza la razón de la esencia de cada cosa? ¿Y que quién no la alcanza tiene tanto menos conocimiento cuanto menos razón puede dar de ella a sí mismo y a los demás?

-Así es.

-Lo mismo sucede con el bien. Si un hombre no puede definir con el razonamiento la idea del bien, separándola de todas las demás, fundando su demostración, no en la apariencia sino en la esencia, ¿no dirás que no conoce el bien en sí que aunque llegue de algún modo a cierta imagen del bien, no se debe ello al conocimiento sino a la opinión, y que toda su vida no es más que un sueño, un sopor sin despertar en este mundo, pues antes ha de bajar al Hades para dormir su último sueño? Bien, si algún día tuvieras que educar a esos hijos tuyos que ahora educas en teoría, no les permitirás que gobiernen la ciudad y decidan los asuntos de mayor importancia mientras se hallen desprovistos de razón a semejanza de las líneas irracionales. ¿Determinarás por ley, entonces, que se consagren de manera especial a esta clase de educación que los hará capaces de interrogar y responder en la forma más inteligente posible?

-Sí...

-Por consiguiente, ¿no te parece que la dialéctica es la coronación de todas las enseñanzas, que por encima de ella no debe colocarse a ninguna otra y que con ella termina la serie de todas las que debemos aprender?

-Sí.

-Entonces, ten en cuenta que en todos los demás aspectos deberemos elegir hombres del mismo temple. Debemos preferir a los más firmes y valientes. Además, no sólo caracteres nobles y fuertes, sino también con aptitudes naturales para la educación que queremos darles.

-¿Y qué aptitudes son esas?

-Pues, deben tener sagacidad para los estudios y facilidad para aprender. Hay que buscarlos de buena memoria, infatigables y amantes de todo trabajo; ineludibles en la verdad, la templanza, el valor, la nobleza de espíritu y demás partes integrantes de la virtud. Si educamos con esta enseñanza y estos ejercicios a hombres bien formados de cuerpo y alma, la justicia misma no tendrá reproche alguno que hacernos y salvaremos la ciudad y su organización política; pero si elegimos a hombres de otra índole, produciremos el efecto contrario y cubriremos a la filosofía de un ridículo todavía mayor. No olvidemos que nuestra primera selección recalca en los ancianos, y que en esta no será posible hacerlo así. Porque no hemos de creer a Solón cuando dice que un hombre, al envejecer, estará en condiciones de aprender muchas cosas: será menos capaz de aprender que de correr. Son propios de los jóvenes todos los grandes y múltiples trabajos.

-Pues, estoy de acuerdo contigo y no con Solón -dijo.

-Amigo, no violentes a los niños en las enseñanzas; antes bien, procura que se instruyan jugando, para que puedas conocer mejor las disposiciones naturales de cada uno. Daremos por dicho lo que hablamos al referirnos a la educación de los guardianes. Ahora bien, a partir de los veinte años, aquéllos a quienes seleccionemos por su disposición natural, obtendrán mayores distinciones que los demás, y las enseñanzas adquiridas sin orden durante su infancia les serán presentadas en una visión de conjunto, de modo que puedan captar, al mismo tiempo, las relaciones que hay entre ellas y la naturaleza del ser.

-Sin duda es el único método que da conocimientos sólidos a quienes lo siguen -opinó.

-Y la mejor prueba también de que una naturaleza sea dialéctica o no, porque el que tiene una visión de conjunto es dialéctico, y el que no la tiene no lo es.

-Así sea.

-Por lo tanto, es menester que prestes la mayor atención a todo ello y una vez que hayas observado quiénes tienen mejores disposiciones para la dialéctica y demuestran constancia y firmeza en el estudio de las demás enseñanzas, en los trabajos de la guerra y en los diversos ejercicios prescritos por la ley, cuando lleguen a los treinta años los separa de los jóvenes ya seleccionados para concederles mayores honores, probándolos por la dialéctica cuáles podrán elevarse, por la sola fuerza de la verdad, hasta el conocimiento del ser en sí. Esta tarea, amigo mío, requiere gran vigilancia. ¿No fue una medida de precaución la que nos hizo decir antes que deberán ser moderados y firmes en su naturaleza aquéllos que participen en los ejercicios de dialéctica y que no admitiremos que se acerque a ella el primer venido, como sucede ahora, aunque no tenga disposición alguna? ¿Bastará conceder a la dialéctica el doble del tiempo

que se haya consagrado a la gimnasia, y aplicarse asidua e ininterrumpidamente a ella, de modo tan exclusivo como en el caso de los ejercicios corporales? Después de lo cual los harás descender a la caverna de nuevo y los obligarás a ocuparse de los asuntos de la guerra y a llenar cuantas funciones haya que sean propias de la juventud, para que tampoco en materia de experiencia queden a la zaga de los demás. Y en todas estas pruebas a que serán sometidos observarás si se mantienen firmes, a pesar de ser llamados y atraídos de todos lados, o si se dejan arrastrar.

-¿Y cuánto tiempo deben durar tales pruebas?

-Quince años. Y una vez llegados a los cincuenta, los que hayan salido de ellas sanos y salvos y descollado absolutamente en todo, tanto en la acción como en las ciencias, deberán ser conducidos hasta el fin y obligados a elevar los ojos del alma y mirar de frente al ser que ilumina todas las cosas, y después de contemplar el bien en sí lo tomarán como modelo para encargarse uno tras otro, durante el resto de su vida, de organizar la ciudad y gobernar a los particulares y a sí mismos. Cuando les llegue el turno, aunque consagrando la mayor parte de su tiempo a la filosofía, tendrán que cargar con el peso de la autoridad política y gobernar sucesivamente por el bien de la ciudad, con la convicción que su tarea es, más que un honor, un deber ineludible. Después de haber trabajado sin cesar en formar otros hombres que se les asemejen, y que habrán de sucederles en la guardia de la ciudad, podrán pasar de esta vida a las islas de los bienaventurados. La ciudad levantará monumentos a su memoria y ofrecerá sacrificios públicos en su honor, ya sea a título de daimones, si el oráculo lo autoriza, o de seres dichosos y divinos. Y también las mujeres, Glaucón. No creas que me he referido solamente a los hombres, pues lo dicho incluye a las mujeres que la naturaleza haya dotado de las aptitudes apropiadas. ¿No estás de acuerdo conmigo en que nuestra ciudad y su organización política no eran vanas aspiraciones, sino cosas de algún modo posibles, aunque difíciles, siempre que, como lo hemos expuesto, a la cabeza del gobierno haya uno o varios filósofos que desdeñen los honores que hoy se persiguen, y no aprecien sino el deber y los honores que constituyen su recompensa, pongan la justicia por encima de todo, como la cualidad más importante y necesaria, y se esfuercen en hacerla prevalecer, organizando y desarrollando la ciudad de acuerdo con sus leyes?

-Sócrates, has explicado muy bien cómo debe llevarse a cabo nuestro proyecto, si alguna vez llega a realizarse.

-¿No hemos dicho ya bastante sobre esta ciudad y sobre el hombre que se le asemeja? Es fácil ahora ver cómo debe ser este hombre, según nuestros principios.

-Muy fácil, en efecto -respondió-. Y acerca de lo que preguntas, me parece que la materia está agotada.